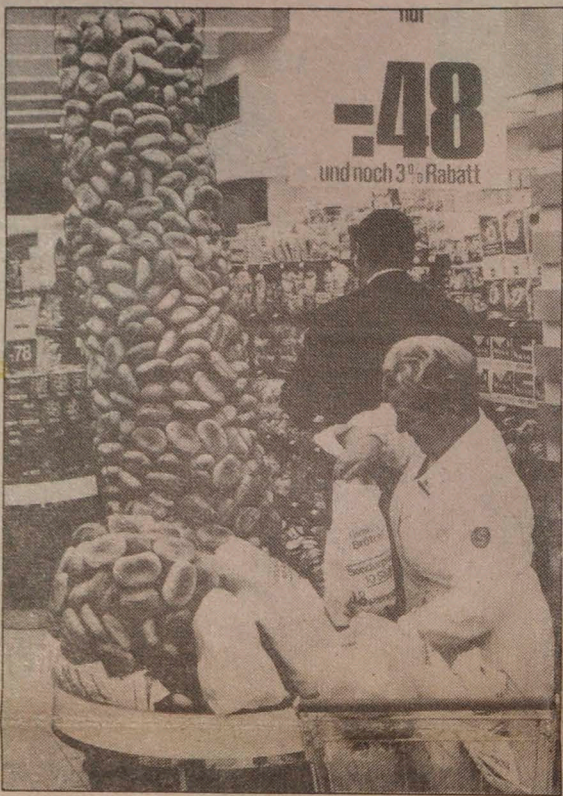


Los costos de la sociedad competitiva

El desastre ecológico del planeta, en el orden estrictamente físico, y las diversas manifestaciones de fundamentalismo, en el orden espiritual, son dos de las principales facturas que tiene todavía que pagar la llamada sociedad de bienestar. Esta es una de las ideas en que coincidieron los 20 expertos de todo el mundo (antropólogos, sociólogos, físicos y economistas) que debatieron durante tres días en Cuenca acerca del tema "¿Cuánto es bastante? Alternativas para la sociedad competitiva".

Según Luc Ferry, profesor de Filosofía de la Universidad de Caen (Francia), fundador del Instituto Raymond Aron y autor de varios libros, probablemente los dos puntos más débiles de la sociedad competitiva son, por una parte, los desastres que se han producido en el medio ambiente y, por otra, el integrismo en sus distintas modalidades. Otros científicos, como Paul Davies, Michel Foucher, Santiago Grisolia, José



Alcina y Santiago Galindo, se mostraron de acuerdo, aunque con matices, con esa línea.

José Ignacio Oyarzábal, coordinador del encuentro, planteó así el tema: "La sociedad competitiva afronta el riesgo de desbordar sus límites. Tanto las pirámides demográficas como las curvas de crecimiento humano, las nuevas formas de la sociedad y los sistemas de convivencia indican la presencia de algo que va más allá del proceso acelerado de cambio, cuyas consecuencias resultan difíciles de percibir".

"Occidente, añadió Oyarzábal, se ha subido a la bicicleta de la competitividad y no puede dejar de pedalear, porque si lo hace perderá la carrera que se ha propuesto, pero si continúa la carrera, dejará atrás al resto del mundo". En esta carrera, además, es fácil encontrarse con la corrupción".

Paul Davies, profesor de Física de la Universidad de Adelaida (Australia), admitió que la ciencia y la tecnología constituyen hoy las

"auténticas máquinas del crecimiento. Lo malo es que si hay que eliminar la pobreza, es preciso crecer, y todo crecimiento trae consigo la competencia". Davies no niega la responsabilidad que tiene la ciencia en los aspectos negativos de la sociedad competitiva. "La ciencia ha robado la dignidad a los seres humanos, los ha marginado al menos durante 300 años. Ahora debe comenzar a tratarlos mejor. La comunidad científica debe encaminarse hacia una dimensión espiritual sin caer en el fundamentalismo".

La ciencia no ha podido resolver hasta ahora varios de los problemas más esenciales del hombre, señaló el biólogo español Santiago Grisolia, presidente del Comité de Coordinación de la Unesco para el Proyecto Genoma Humano. En su intervención se refirió a la pobreza y a la falta de recursos: "El 20 por ciento de la humanidad consume el 80 por ciento de lo que produce el mundo, y esto no puede seguir así".

Manfred Max-Neef, economista chileno, expresó su preocupación por la pobreza en cuanto derivación de la sociedad de consumo. Este problema se traduce, por ejemplo, en que Estados Unidos tenga el 6 por ciento de la población y consuma el 40 por ciento de la energía del mundo. "Un norteamericano, dijo Max-Neef, consume 53 kilos diarios de energía, es decir, casi su propio peso, mientras que, en el otro extremo, los habitantes de los países pobres apenas consumen un kilo por persona". Para el economista chileno, Europa sufre estos mismos problemas y registra además otros nuevos, como el de la globalización de la economía, que está conduciendo a la destrucción de ciertas economías locales o regionales. En este punto puso el ejemplo de Santander, "que era una región agrícola próspera y a la que la política de la Comunidad Económica acaba de condenar a la pobreza. La solución para los grandes problemas debe provenir de la adopción de medidas parciales".

El nuevo teatro

Con ocasión del Festival Internacional de Teatro que se realizó en el país recientemente, se han alzado algunas voces, unas públicamente y otras en forma privada, para criticar la tendencia que exhibe actualmente el arte dramático. Se ha dicho que el espectáculo y la imagen han desplazado al texto, que el mundo de las sensaciones ha reemplazado al mundo de las ideas, y que en el teatro contemporáneo ya no hay campo para las grandes interpretaciones histriónicas, pues los actores se han convertido en marionetas manejadas por un omnipresente ponedor en escena. Y esta crítica suele ir envuelta en una actitud nostálgica y plañidera de los autores, los actores y los directores, que se sienten postergados por esta nueva concepción del teatro.

Yo concuerdo con el diagnóstico, me uno a la nostalgia, pero rechazo los lamentos.

La mayoría de los críticos pertenecen a mi generación teatral, aquella que irrumpió con gran brío, por los años cincuenta, como fruto de la renovación escénica que se produjo durante la década anterior gracias a la fundación de los teatros universitarios. En esa época nuestro mundo teatral se dividió entre "los universitarios", que renovaban, y "los profesionales", que hasta entonces habían mantenido viva la siempre débil llama de la creación teatral.

Entonces, igual que ahora, las críticas arrieron... Los antiguos hombres de teatro nos dijeron que el teatro no se aprendía en las universidades, sino en las tablas; que los actores emergentes eran unos aficionados comparados con sus estrellas, como Alejandro Flores, Manolita Fernández o Rafael Frontaura, y que los nuevos autores eran unos pedantes que ignoraban lo más esencial del "oficio" dramático. Nosotros "los universitarios" ni nos molestamos en contraatacar. Sabíamos que el nuevo público que se estaba formando nos apoyaba y que el futuro nos pertenecía, como efectivamente nos

perteneció.

¿Hasta cuándo? Hasta que llegó una nueva generación de teatristas, con nuevos conceptos estéticos, nuevas propuestas y diferente jerarquización de los roles que en la fundación teatral desempeñan los directores, los autores y los intérpretes.

Siempre ha ocurrido así, por lo demás. Pretender en la actividad artística mantener la vigencia hasta la muerte, es un sueño inalcanzable, salvo para los que mueren jóvenes. No se escaparon de este desplazamiento ni siquiera los grandes nombres de la historia del teatro. Las últimas obras de Shakespeare no tuvieron la resonancia de su época de plenitud. Ibsen reclamaba persecuciones e intrigas para justificar la indiferencia del público para las obras de su vejez. Las grandes divas, como la Bernhardt y la Duse, concitarían la sonrisa burlona del espectador de hoy por sus técnicas interpretativas.

Conversando de este tema con André-Louis Perinetti, secretario general del Instituto Internacional de Teatro, me decía ante mis reclamos por la ausencia de dramaturgia en el teatro actual: "Sí, así es, pero el texto está volviendo". Y a mí no me cabe la menor duda de que volverá en la eterna evolución del arte, pero será un texto con características diferentes del que escribimos los autores que nacimos como dramaturgos en la década de 1950. La historia no vuelve nunca atrás.

Otro de mis interlocutores sobre estas inquietudes fue Pedro Mortheiru, director y fundador del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. El compartía la desazón de ser desplazado por los nuevos directores y sus nuevas técnicas. Pero al final terminó diciéndome:

"¿Qué lata es envejecer! Pero el consuelo que uno tiene es que es lo único que permite seguir viviendo".

Y creo que Mortheiru dio en el clavo.



Escritores

Hace poco estuve en la Biblioteca Nacional; necesitaba un poema de Alfonso Alcalde. Mientras esperaba mi turno me puse a pensar en la cantidad de escritores que iluminan las bibliotecas de las universidades, de los institutos culturales, de las escuelas básicas. Pensé en los intelectuales que fabrican las herramientas con que estudian nuestros hijos, pensé en su situación, sin previsión, sin ayuda de ninguna especie, defendiendo con orgullo su oficio a pesar de que no se los considera trabajadores. Pude ver la desgracia de su muerte, la miseria en que terminan sus días.

PALABRA DE

LECTOR

Imaginé que Chile era capaz de dar atención médica gratuita a nuestros escritores desprotegidos, a los poetas, a los narradores, los dramaturgos.

La señorita de la biblioteca puso el libro en mis manos, quizá sin saber que su autor se había suicidado por no entender cómo es que no tenía para un bono nivel tres. Alfonso Alcalde, estudiado en las universi-

dades de Chile y el mundo, me dije, pero eso tampoco lo sabía casi nadie en ese lugar.

Bernardo Chandía Fica
SANTIAGO

¿Y los trolebuses?

Hace un tiempo, cuando nos ahogábamos en la constante contaminación del aire de la Región Metropolitana, salió a la palestra un diputado del PPD y empezó su lucha para que se instalaran trolebuses en Santiago.

Así fue como el diputado logró que se tendiera un recorrido entre la plaza Chacabuco por el norte y Ala-

meda por el sur, como un primer paso del programa. En Valparaíso hay trolebuses desde hace muchos años, y dan un buen servicio al público, por lo que incluso se pensó en traer a Santiago la empresa que los maneja en el puerto.

Fuera de esto, muchos funcionarios de gobierno viajaron a los países donde funcionan en forma regular y no contaminan en nada, no meten ruido, son grandes y cómodos y seguros. Pero todo quedó en viajes y gastos y solución ninguna.

Hoy estamos hasta el cogote de buses en malas condiciones, llenos de humo, ruido, velocidades infernales que todos los días matan o lesionan a la gente que confiada-

mente los tienen que ocupar.

¿Hubo acaso alguna presión, que ese diputado y otros se silenciaron? ¿Es más bonito el dinero que la salud de todos? Gran interrogante, difícil de decidir en las urnas este año electoral.

Las autoridades del Ministerio de Transporte y el gobierno nada positivo hacen que palpe el chileno, que soporta y enferma en este ambiente que nos obligan a respirar. Cuando la primera obligación constitucional del gobierno y sus autoridades es cuidar la salud del pueblo, que los eligió para eso.

Arturo Berríos Pérez
SANTIAGO